

# Huracán

**TEÓFILO HUERTA**

Departamento. 2  
Veracruz, Ver., 2025

**E**l norte ha azotado inclemente la ciudad. Pero ¿cuál ciudad existe para Inés? Las roídas paredes de su apartamento son los mismos límites de su existencia. La caliche se desprende y forma parte de las incontables páginas de sus libros.

Para Inés estudiar no es ni un deber ni una virtud, más bien es su refugio. Para ella no hay vecinos, ni vida externa. Todo se lo llevó la muerte de su abuela a quien siempre sirvió.

Allí, sometida al yugo de las palabras, Inés presta sus ojos a las líneas de los libros que jamás devolverá a la biblioteca. La verdad no lee, recorre párrafos y más que entenderlos se inmiscuye en ellos.

Sólo son dos libros sobre la mesa y uno en sus manos; no son viejos, pero la humedad y la grasa de los dedos de Inés que van y vienen entre páginas y vueltas a la cocina, los hacen vetustos.

Las persianas no dejan pasar luz. Las ventanas están selladas. ¿Hay realmente ventanas? El norte de la ciudad a Inés no le incomoda. La vida materialmente ya no existe para ella. Su vista recorre los libros y basta; ese es su destino, ese es su entretenimiento.

Otrora Inés leía con diferente ánimo, pero siempre iba y volvía de la escuela. A la mesa acompañaba a su abuela y le contaba de sus clases y de sus lecturas. La abuela se interesaba, la hacía sentir alguien.

Ahora, ¿hay ahora?, Inés sólo recorre, cien, doscientas, mil veces las líneas. Prófuga del pasado y del presente, sólo repite historias ajenas y se involucra con personajes ficticios. Inés no es la misma.

Departamento. 102  
Veracruz, Ver., 2026

Traza líneas como se lo dicta el pulso, sobre la grisácea superficie que antes diera vida a tantos proyectos de edificios, centros comerciales, casas y hasta monumentos.

Ernesto se rasca la cabeza, la comezón se lo come de tantos años de no bañarse, desde aquel día en que la tubería se rompió y dejó escapar hasta la última gota de agua.

Se angustia ante el restirador, las ideas no le fluyen. Pareciera que tuviera la presión por cumplir con una entrega. Arroja el lápiz desesperado y con la regla rompe la hoja, la arranca y tras suspirar en busca de serenarse, apoya nuevamente sus manos ante la siguiente hoja en blanco, toma otro lápiz y parece que por fin surgen hábiles los trazos y nace el bosquejo de un parque de diversiones.

La sonrisa se dibuja en el rostro de Ernesto, se fascina por su diseño y a la par que define detalles, recrea con su mente los años de su infancia, cuando él se llenaba tanto de sube y baja, columpios y resbaladillas y soñaba con cohetes y artefactos espaciales que lo separaban de la Tierra y le abrían otros mundos, otras sensaciones e ilusiones.

Vuelto a la realidad, la sonrisa se le descompone en profunda tristeza y la lágrima que se le escapa va a parar justo a un columpio que se deshace; cruel paradoja de lo que hacía años seguramente habría ocurrido en un parque cercano, donde gotas, quién sabe si de lágrimas divinas, acompañadas de viento, arrasaron con juegos, casas, seres, proyectos.

El perfil de Ernesto extiende su lágrima sobre el dibujo y borra toda la estructura del columpio. Otras gotas caen en la resbaladilla, en las columnas tipo caramelo de la entrada, en el techo del restaurante y el huracán llega con la revoltura de los mocos y de los soplidos con saliva que la trágica cara de Ernesto expulsa ya sin consuelo. Sus uñas se encargan de destruirlo todo y abrazado al restirador encuentra por fatiga el consuelo y el sueño, como tantas otras veces.



Emilio Carballido

Fotografía propiedad del Museo del escritor

Departamento. 403

Veracruz, Ver., 2029

Han recogido todo, hasta su vida durante 25 años. Los cuadros no los han podido desprender de esas paredes sucias y oscuras que acompañaron su matrimonio. Los pocos muebles que han conservado desde entonces -jamás salieron de compras, ni renovaron su hogar- parecen muchos apilados al centro para mudarlos.

Han procurado vaciar del todo el lugar, sacar hasta el temor que los ha asolado siempre.

Por fin ha existido algo de movimiento en el edificio amarillo. Los vecinos, no obstante, no se atreven a asomarse para ver la mudanza del joven matrimonio; pero igual por el ruido y los murmullos, se enteran de oídas de lo que pasa. Quizá todos quieren mudarse, huir de esa cárcel en que se ha convertido el lugar, pero el miedo los domina, el espectro de un dueño de su destino los amenaza a resistir, a quedarse, a aislarse de todo y de todos.

Algunos de los muebles recuerdan a los dos hijos del matrimonio, pero éste prefiere no recordar y mecánicamente suman sus cunas al resto de la mudanza. Parecen estar prepa-

rados, son jóvenes todavía, la vejez la llevan en el alma. Se han atrevido a abandonar su refugio. Los vecinos -de oídas- están incrédulos, es una amenaza, una falta de respeto al destino, una tentación mayúscula. Pero el matrimonio está decidido, dejan su apartamento y con él el resto de lo que han sido.

Departamento. 404

Veracruz, Ver., 2029

El esposo ha sido el primero en traspasar la puerta del 403 para entrar a su nueva morada, muy cerca de allí. Tiene la misma distribución, incluso es más oscuro, más tétrico, ideal para terminar con sus días.

La mujer se entretiene en recoger algunas cosas todavía y se amarra unos minutos, ¿cuantas horas?, en su viejo departamento. El esposo ya ha tomado la iniciativa de barrer el nuevo (¡¡¡!!!) aposento. Sólo hay un gran ropero en él, vacío e incómodo. El hombre mete la escoba por los rincones y saca kilos de mugre, de polvo que huele a tragedia, a pasado, a momentos indescifrables. Se comienza a asfixiar, quién sabe si por la alergia al polvo o por el enfrentamiento al pasado que no se borra.

El esposo continúa su tarea, pasan las horas ¿o las semanas? Y el departamento sigue igual. Las ventanas están clausuradas y por la puerta no circula el aire. Tendrán que vivir (¿?) así, entre polvo.

Departamento. 404

Veracruz, Ver., 2029

El matrimonio estrena apartamento. Felices no están, pero al menos creen estar y ser los únicos que habitan aquella estructura. Todos, cada quien en su morada, creían ser los únicos. Claro, más el matrimonio al que estupefactos han escuchado que se muda.

El 403 ha quedado abandonado. La mujer y su esposo sienten que han traicionado a sus hijos y a su vida y tienen deseos de recomenzar la mudanza y regresar a su antiguo departamento. Se ven y con la mirada se lo dicen; no hablan porque no saben si después de tantos años puedan pronunciar palabras, ni siquiera saben si existen todavía las palabras.

Están a punto de volver a abrir la puerta pero un toquido los paraliza. ¿Quién más, aparte de la muerte, los puede visitar? Es la suegra de la mujer. La pasan, están incrédulos.

Pareciera que ningún huracán hubiera afectado sus vidas. El hijo le acerca una silla a su madre y ésta se sienta. Sus arrugas y canas se ocultan tras de una renovada alegría de ver a sus familiares. El matrimonio no da crédito, siente como antaño la visita pero presente otra no deseada.

Exactamente. Otro golpe a la puerta. Para esto más de un vecino también se han atrevido a quitar las trancas de las ventanas y a asomarse, los han inquietado primero la mudanza y luego los golpes. El hombre se arma de valor y se acerca a la puerta. ¿Quién puede ser? ¿Sus hijos? ¡¡¡!!!

No. Es el portero. Un cincuentón de cabello largo y cano. Lleva la misma gabardina beige con que apareció aquel día cuando tocó puerta por puerta y dio el aviso del cruel huracán. “Nadie salga de sus casas”, habría dicho, “Atranquen puertas y ventanas, el mar se nos viene encima”.

Todos obedecieron entonces y él hizo lo mismo. Ahora salía a investigar quién osó mudarse y quién después de él se atrevía a tocar una puerta.

Pasa al interior del 404. La suegra extiende la mano, pero el portero la ignora y sólo recorre con la mirada el departa-

mento, ve con reproche y odio a los ojos del esposo, da media vuelta y traspasa la puerta. La suegra se ofende, se levanta a perseguir al hombre de la gabardina beige, se atreve sí, a abrir los labios y a emitir con desesperación un “Oiga, ¿usted quién se cree?”. El portero toma la escalera hacia la azotea, perseguido por la suegra y más atrás por los esposos. Poco a poco, como zombies, más vecinos traspasan las puertas y se suman a la caravana.

Todo es confusión, muchos se aterroran al revivir el movimiento de aquel día, carreras por los pasillos y las escaleras, gritos, aprehensión por estar todos unidos, por salir a la búsqueda de la abuela, tías, hermanos... hijos y el portero inmóvil que resguardaba el zaguán rojo con dos maderos cruzados, todavía con agua escurridiza por la gabardina.

Ahora a la gabardina beige del portero no le escurre agua, sino sal. Ha llegado a la azotea seguido por la multitud. Se para y ve el horizonte, con una mirada perdida, triste, vacía... Todos atrás de él, contemplan el mismo panorama y se les enchina la piel. La mayoría alguna vez vio el nítido paisaje, el inmenso y tranquilo mar azul, las palmeras. Algunos antes de correr y guarecerse por años en sus departamentos, alcanzaron a ver ese mismo mar furioso salirse de su espacio, arrancar esas mismas palmeras y comenzar a llegar muy cerca de ellos. Otros más se quedaron justo ahí y ahora sus fósiles restos esparcidos por lavaderos y piso, son vistos por sus antiguos vecinos.

El panorama hoy es diferente, no más agua azul tranquila ni violenta, ni siquiera agua en los ojos de los testigos mudos, paralizados, extrañados, perdidos.

Calle Emiliano Zapata, no. 144

Veracruz, Ver., 2056

Ha llegado el equipo de ingenieros y trabajadores. Algunos con guayabera o camisas cortas, otros con el torso desnudo.

Unas diez máquinas atraviesan el desierto de Veracruz y se detienen a escasos metros del edificio amarillo.

–Increíble ¿verdad? –comenta un ingeniero a su compañero– ¡Cómo pudo resistir esta estructura!

Y luego da la orden para su demolición:

–¡Adelante!

Feliz, el grupo contempla la destrucción del único estorbo para levantar en pleno desierto de Veracruz, una plataforma petrolera que será “orgullo de todos los mexicanos”. ■